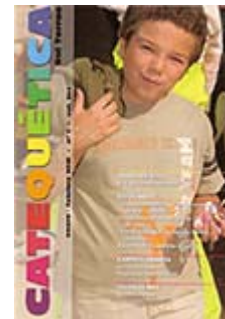




SUMARIO

PUNTO DE VISTA

El catecumenado bautismal, una urgencia pastoral cargada de futuro. A propósito del informe sobre el Catecumenado de adultos en Barcelona, por Emilio Alberich Sotomayor, SdB, Presidente de la Asociación Española de Catequetas, Profesor emérito de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma.



ESTOS MESES

- 1. Celebración para el mes de enero. "Bienaventurados los constructores de paz"**, por *María Luisa García Núñez y Angelito Gómez Rubio* (El Puerto de Santa María. Cádiz)
- 2. Textos y actividades para el día de la Paz (30 de enero):** "Un mundo de colores" y "Un mundo en paz", por *Jesús Royo* (Zaragoza). "Construir la paz" ("Citadelle", Antoine de Saint-Éxupéry). "La no violencia activa", Gandhi 1
- 3. Celebración para el mes de febrero.** "Por el bien que no hemos hecho, por lo que hemos hecho mal...", por *María Luisa García Núñez y Angelita Gómez Rubio* (El Puerto de Santa María. Cádiz)
- 4. Pastoral de Cuaresma con niños.** www.cuaresma2010.com, por *Mariasun Díez de Lezana*, cm (Granada)

CARPETA ABIERTA

- 1. La reconciliación**, por *Fructuoso Mangas Ramos* (Salamanca)
- 2. Pequeñas Narraciones**, por *Carlos Huelin, S.J.* (Sevilla) y *Cristina Santa Olalla* (Madrid).

INFORMACIÓN DE MATERIALES

- 1. EN LA RED:** www.catequistasizamal.com, por *Txema Pascual, S.J.*
- 2. PRESENTACIONES POWER POINT:** *Joshua Bell; Por no parecer fachas; Luther King; Teilhard de Chardin, en búsqueda de Dios; Tales de Mileto; Mahatma Gandhi en su 60 aniversario*, (www.recursospastorales.com)
- 3. LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL:** El pan de la guerra; Zara y el librero de Bagdad; Ferdinando el Toro, por *Mercedes Díaz Marcos*
- 4. LIBROS:** *¿Dónde vive Dios?... y 101 preguntas más; De Cafarnaún a Jerusalén.*
- 5. MÚSICA:** Pablo gira, (www.recursospastorales.com)
- 6. PELÍCULAS:** *La duda; Tocar el cielo; La vida secreta de las abejas*, por *Txema Pascual*

CONTRAPORTADA

El catecumenado de adultos. Dibujo: *Javier Prat Cambra*. Actividades: *José Luis Saborido Cursach, S.J.*

TESTIGOS HOY

Vicente Ferrer. Texto e ilustraciones, *Javier Prat Cambra*

El Catecumenado bautismal, una urgencia pastoral cargada de futuro

A propósito del informe sobre el Catecumenado de adultos en Barcelona

Por Emilio Alberich Sotomayor SdB
Presidente de la Asociación Española de Catequetas,
Profesor emérito de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma

El último número de CATEQUÉTICA (2009/6, pág.....) ha presentado una interesante entrevista-conversación sobre el catecumenado de adultos de Barcelona. Quisiera ahora añadir algunas reflexiones y evocar algunos aspectos de aquella experiencia, recabando indicaciones y sugerencias para un relanzamiento, en nuestras diócesis y comunidades, de la experiencia catecumenal.

El catecumenado bautismal, una urgencia pastoral

El Servicio Diocesano para el Catecumenado de la Archidiócesis de Barcelona, con inicio en 2002, es expresión del dinamismo actual de restauración del catecumenado en nuestras Iglesias. Se trata de una experiencia pastoral nacida en Francia – por lo que se refiere a Europa – en los años 50 y relanzada a nivel universal por el Concilio Vaticano II.

Sabemos que la institución catecumenal, floreciente en los primeros siglos de la Iglesia, decayó y fue abandonada prácticamente a partir del siglo V, cuando se fue generalizando el bautismo de los niños. En la edad moderna, por el impulso primero de las misiones y después en los países de antigua tradición cristiana, se ha ido esbozando un lento proceso de redescubrimiento y de valorización.

En realidad, en la edad moderna se han visto en las llamadas «tierras de misión» algunas formas embrionarias de catecumenado, pero en sentido propio se debe sobre todo a la iniciativa del Card. Lavignerie, fundador de los Padres Blancos, la restauración del catecumenado en África, a partir de 1878. Tras su impulso y su ejemplo, el catecumenado se trasplantó a algunas Iglesias jóvenes de África y Asia.

Por lo que se refiere a Europa, la restauración del catecumenado nació en Francia, especialmente en Lyon (desde 1953) y en París, donde lleva ya más de medio siglo la institucionalización del catecumenado para los adultos que se interesan por el cristianismo y solicitan el bautismo. La experiencia francesa ha dado origen a un verdadero movimiento de reflexión y de praxis que se ha extendido también a otros países. Es una forma de camino catecumenal que, asumiendo en sentido amplio la lección del catecumenado antiguo, reproduce su estructura en forma moderna, con gran sensibilidad hacia cada una de las personas interesadas, hacia sus exigencias y sus ritmos de crecimiento en la fe.

Ahora bien, ha sido el Concilio Vaticano II el que ha representado un giro importante en el proceso de restauración y de desarrollo del catecumenado. En sus documentos recomienda oficialmente la restauración del catecumenado de los adultos¹, y recuerda sus rasgos característicos². Otras recomendaciones semejantes afloran también en otros documentos oficiales posteriores³.

No obstante estas solemnes declaraciones, solamente en los últimos años se ha visto un interés generalizado, en los episcopados europeos, por una efectiva realización del catecumenado de adultos. Y ya se puede decir, por lo que se refiere a España, que son varias la diócesis que oficialmente han lanzado el movimiento de restauración⁴.

La experiencia de Barcelona, con siete años de vida, cuenta ya con interesantes resultados: 125 bautizados (73 españoles y el resto de 26 diversas nacionalidades). Y con los años van aumentando las demandas de catecúmenos. La experiencia narrada por sus protagonistas se presta a interesantes comentarios y observaciones.

El catecumenado bautismal, función esencial de la Iglesia

El catecumenado bautismal, antes que ser una institución o una forma de acción pastoral, debe ser considerado como función esencial de la Iglesia, en cuanto expresión fundamental de su maternidad, de su misión esencial de engendrar nuevos hijos. El informe de Barcelona lo recuerda más de una vez, cuando se dice que es función del catecumenado «acompañar a la "gestación" de un nuevo hijo de Dios», que «toda la parroquia sentía que estaba engendrando nuevos hijos», y que la experiencia, a un cierto momento, hace exclamar: «¡Caramba, pensábamos que éramos estériles y estamos embarazados!».

Es todo un nuevo descubrimiento, que responde por otra parte a una exigencia que hoy se hace sentir con vehemencia: recuperar la conciencia de la necesidad de generar, de engendrar nuevos hijos. Y esto supone una verdadera conversión, pues son muchos lo que dudan que pueda actuarse una semejante

«pastoral de engendramiento»⁵.

De aquí podemos sacar una conclusión importante: la importancia del catecumenado no depende del número de catecúmenos. Precisamente porque se trata de un rasgo esencial de la vida de la Iglesia. Conviene tenerlo bien presente: el significado del catecumenado no deriva tanto del número de adultos y de agentes pastorales implicados, cuanto de su carácter de función esencial en el conjunto de la praxis eclesial. Merece que venga considerado como uno de los signos más reveladores del futuro de la Iglesia.

Por su significado y su importancia, la aparición del catecumenado en el panorama pastoral de la Iglesia constituye hoy una prueba de vitalidad y una ocasión providencial de renovación eclesial. Bien es verdad que la praxis catecumenal obliga a un replanteamiento en profundidad de toda la vida y actividad pastorales, porque el catecumenado no puede ser concebido en clave de conservación, sino de decidida renovación, con vistas a un proyecto convincente de Iglesia evangelizadora. De ahí que, en una pastoral de evangelización, la praxis catecumenal no pueda quedar reducida a ser una experiencia límite, marginal, excepcional, sino que debe representar una actividad normal, significativa y prometedora.

Es importante por tanto que las comunidades eclesiales no vean la puesta en marcha del dispositivo catecumenal como algo marginal que no les afecta, sino que lo acepten plenamente y se reconozcan en su práctica como en un momento esencial de su propia actividad.

El catecumenado necesita visibilidad, oficialidad

Es conveniente que el itinerario catecumenal, en vista del bautismo, tenga visibilidad, sea una realidad conocida por la gente. Y que se generalice la convicción de que en todas las edades de la vida es posible hacerse cristiano, y de que, si uno lo desea, sabe adónde ir.

Es importante que en las diócesis sea oficial la instauración de un servicio o ministerio para el catecumenado bautismal. Y se puede constatar que la visibilidad del catecumenado hace aumentar el número de catecúmenos, por lo que no debe frenar su lanzamiento el hecho de contar todavía con pocos candidatos adultos al bautismo. La experiencia, especialmente francesa, ha demostrado claramente que donde existe una estructura catecumenal oficial y patente, allí se multiplican pronto las demandas de los posibles candidatos⁶.

El delegado de Barcelona justifica la necesidad actual del catecumenado diciendo que *«hoy en día va en aumento la "demanda" de adultos que quieren bautizarse o ser cristianos»*, y que en el fondo *«no se instituye el catecumenado para ver si vienen, sino que porque se está llamando tu recuperas el Catecumenado»*. Está bien, pero yo creo que se debe añadir este otro aspecto: el Servicio Diocesano del catecumenado tiene también la función de recordar a todos que existe la posibilidad, a cualquier edad, de hacerse cristianos y que para esto existe una instancia oficial en la Iglesia diocesana. Esto hará ciertamente que surjan catecúmenos, incluso donde nadie sospechaba que los hubiera.

Se acabó el régimen de cristiandad y no lo echamos de menos

A las razones de orden teológico y pastoral, se unen hoy necesariamente las de orden sociocultural. Pertenece al pasado la situación de «cristiandad», en la que funcionaba esa especie de «catecumenado social» que aseguraba, de alguna manera, la comunicación de la fe a las nuevas generaciones. Hoy constatamos la quiebra de los mecanismos tradicionales de transmisión de la fe, lo que nos obliga a pensar en un «nuevo paradigma» de la iniciación cristiana⁷.

Este fin de la cristiandad no hay que vivirlo como una desgracia, con sentimientos de añoranza y nostalgia. Nos lo recuerdan los obispos franceses:

«Rechazamos toda nostalgia de épocas pasadas, en las que el principio de autoridad parecía imponerse de manera indiscutible. No soñamos con una imposible vuelta a lo que se denominaba "cristiandad" [...] pensamos que los tiempos actuales no son más desfavorables para el anuncio del Evangelio que los tiempos de nuestra historia pasada»⁸.

La experiencia del catecumenado abre el corazón a la esperanza. Hay un dato muy significativo en la experiencia de Barcelona: la edad relativamente joven de los catecúmenos adultos, que oscila entre los 24 y los 34 años, además del número creciente de niños y adolescentes que solicitan el bautismo. Se consigue así algo a lo que no llegan, por lo general, los esfuerzos de catequesis con adultos, que alcanzan sobre todo a personas de edad media alta⁹.

El catecumenado, un proceso serio de conversión y un camino de fe

El catecumenado cuenta ya con siglos de experiencia. Sobre todo el catecumenado antiguo, que floreció en los primeros siglos del cristianismo y tuvo su período de oro en el siglo III, queda como referencia esencial para su actuación también en nuestro tiempo.

En muchas diócesis y regiones existen directrices y normas para regular la marcha del catecumenado. Y a nivel de Iglesia universal tenemos un documento muy importante, el «Rito de la iniciación cristiana de adultos» (RICA), edición castellana del «*Ordo initiationis christianae adultorum*», publicado en 1972¹⁰. Este documento de valor universal reintroduce, en el cuadro general de la reforma litúrgica posconciliar, un itinerario de maduración en la fe y en la pertenencia eclesial que evoca en sus grandes rasgos el catecumenado de los primeros siglos de la Iglesia. El RICA constituye un auténtico viraje en la praxis catequética y sacramental, punto de referencia e instrumento privilegiado de las experiencias catecumenales en los diversos países del mundo.

El catecumenado antiguo queda siempre como referencia fundamental de toda praxis catecumenal. Naturalmente, no se trata de reproducir tal cual e imitar en todos sus detalles la experiencia del pasado. Pero sí resulta importante recoger lo que podemos llamar la lección histórica que de ella deriva, con valor perenne y portadora de orientaciones siempre actuales para la praxis pastoral. Evocamos algunos de los rasgos característicos de esta lección histórica, que aparecen también con evidencia en el modelo barcelonés.

El valor de la seriedad de la conversión y de la opción por Cristo

En la más pura tradición catecumenal está la exigencia - recordando el dicho evangélico: «No deis las cosas santas a los perros ni echéis vuestras perlas a los cerdos» (Mt. 7,6) - de comprobar muy seriamente la autenticidad de la conversión de cuantos solicitaban el bautismo. En ese sentido, el proceso de iniciación se configura como una opción exigente, un camino no fácil, lleno de pruebas a superar, como un verdadero combate espiritual que debe superar el candidato, sostenido por la gracia. Esta seriedad compromete también a la comunidad, a la Iglesia, llamada a acompañar y a discernir con rigor (recuérdense los exámenes y escrutinios).

El informe de Barcelona, a través de los testimonios de Andreu, Mercé, Reza y Mairyn, da fe de la seriedad con que se emprende el camino catecumenal, poniendo en el centro la conversión y el encuentro vital con Jesucristo.

Es verdad que no faltan situaciones «sospechosas» que piden atención y discernimiento. A veces las motivaciones no son del todo convincentes: niños en edad escolar con motivaciones ambiguas, inmigrantes que piden el bautismo solamente para poder casarse y obtener la nacionalidad, etc. Son casos que hay que saber prevenir, actuando de manera – como consta en Barcelona – de desligar el bautismo de algunos condicionamientos, como por ejemplo el matrimonio.

El valor de la duración y de las etapas en el camino de la fe

Tradicionalmente, el catecumenado exige tiempo, supone un recorrido serio, sin prisas. «*Fiunt, non nascuntur christiani*» («no se nace cristiano, se llega a ser») reza el bien conocido dicho de Tertuliano. No hay que olvidar que el itinerario catecumenal es un tiempo de gestación y de crecimiento, de maduración en el discipulado, con períodos y ritos de transición, en un dinamismo progresivo que atestigua la condición itinerante del camino de fe y de pertenencia al pueblo de Dios.

En Barcelona está muy clara la idea – repetida muchas veces – de que se trata de un proceso, que como tal requiere tiempo, normalmente dos años. Más de uno se extraña de ello, pero a un cierto momento comprende que eso está en la lógica de un verdadero proceso, como aparece en el hermoso testimonio de Mairyn: «*Ahí empecé a entender por qué eran dos años. No es que... Es un proceso, ¿no?, donde uno como que va "evolucionando", cambiando su perspectiva de vida, de las cosas, de todo*». O en el de Mercé: «*cuando dices "¡dos años!", no es que son dos años, es que es tu corazón el que tiene que cambiar*».

Algunos no resisten y abandonan, no siguen. Pero esto no debe comprometer la seriedad y duración del camino. No se debe ceder: es necesario asegurar que el proceso sea auténtico.

La centralidad de la conversión, de la fe y de su crecimiento

El crecimiento en la fe es el eje central de todo el proceso catecumenal. Se trata de un dinamismo que acompaña el afianzamiento de la fe como actitud global, pues el proceso de iniciación cristiana consiste más en la interiorización de actitudes y comportamientos cristianos que en la simple asimilación de conocimientos y la celebración de ritos. Por esto se atribuye mucha importancia, como punto de partida, a la primera evangelización y a la comprobación de la conversión.

La formación del «discípulo», la escucha de la Palabra y el crecimiento en la fe, constituyen el eje capital del catecumenado, que toma su nombre precisamente del verbo «*katejein*», alusión al «resonar» de la Palabra que invita a la respuesta de fe. También los sacramentos deben ser considerados sobre todo como «sacramentos de la fe». El bautismo es el «sello de la fe», y todo el itinerario catecumenal se configura como un camino de fe: «acceder a la fe, entrar en la fe, sellar la fe». Todo esto hace posible que el catecúmeno, al final de su camino de crecimiento, llegue a ser hombre o mujer de fe, «fiel» («*fidelis*»).

Este central carácter de globalidad propio del devenir cristiano, en cuanto proceso de iniciación, supone una experiencia envolvente, transformante, que incide en el ser profundo de la persona. El catecúmeno vive en el fondo una especie de «noviciado» de vida cristiana, a través de una experiencia global que integra el conocimiento del misterio de Cristo, la celebración de la fe, la experiencia de comunidad y el ejercicio del compromiso cristiano en el mundo.

La experiencia de Barcelona presenta varios testimonios que van en este sentido. El delegado diocesano, Felip, nos dice que en el centro de la atención no están los sacramentos, tanto menos los aspectos exteriores de la fiesta (vestidos, regalos, etc.). Y otros testimonios destacan la enjundia creyente del proceso vivido: «*es como si uno volviera a nacer. [...] He ido viendo que mi vida ha cambiado, que ha cambiado mi forma de ver muchas cosas, incluso siento que ha cambiado mi carácter*» (Mayrin); «*no sólo vienes para unos contenidos sino para esa "conversión", qué es lo que ha de cambiar en nuestras vidas*» (Mercé).

En esta perspectiva, se ve con claridad que hay que superar el modelo tradicional de catequesis, como enseñanza de contenidos religiosos. Hay que ir mucho más allá de lo meramente doctrinal, para considerar la catequesis como educación integral de la fe, a través de un proceso de inmersión, de contagio, en una experiencia global de pensamiento y de vida cristiana.

En este sentido, surge un problema especial en el caso de los niños catecúmenos en edad escolar que piden el bautismo y que se reúnen con sus compañeros, ya bautizados, que se preparan a recibir la primera comunión. La tendencia más frecuente consiste en acoplar sin más a estos catecúmenos en el grupo de los compañeros bautizados, con alguna añadidura de preparación al bautismo. Pero se corre así el peligro de diluir el proceso en un itinerario "catequístico" de cuño tradicional. Más bien habría que hacer lo contrario: organizar un verdadero proceso catecumenal e invitar a entrar en él también a los ya bautizados. Quizás de este modo consigamos realizar un verdadero proceso iniciático para todos.

El carácter esencialmente comunitario y eclesial del camino de iniciación

El itinerario catecumenal es una experiencia que parte de la comunidad y conduce hacia la comunidad. En la tradición cristiana, el catecumenado veía la participación activa de toda la comunidad, con la implicación de sus distintos ministerios dentro de ella: obispo, presbíteros, diáconos, catequistas, acompañantes, padrinos, etc.

El camino de fe del catecúmeno se apoya necesariamente en la comunidad y es objeto de solicitud y de discernimiento por parte de la comunidad. No tiene sentido y es impensable un itinerario de «autoiniciación».

Igualmente cabe destacar la dimensión esencialmente eclesial de la iniciación cristiana y del proceso catecumenal. No hay que considerar el catecumenado como algo que precede o corre al margen de la vida de la Iglesia. No: ya hemos visto que se trata de una función esencial de la comunidad eclesial, realidad instituida por la Iglesia y en la Iglesia. Es una manifestación concreta de su maternidad.

En la experiencia de Barcelona destaca con evidencia el papel esencial de la comunidad. Son muy elocuentes los testimonios al respecto: «*La misma comunidad ya era una comunidad que acogía a los catecúmenos. Existía ya una dinámica de acogida, acompañamiento y enriquecimiento mutuo de catequistas y catecúmenos*» (Mercé); «*La experiencia está en que la comunidad se sienta formando parte de algo. Y la comunidad se dinamiza*» (Andreu); «*Que vengan adultos y pidan la maternidad a esa comunidad, a la Iglesia, es muy fuerte*» (Felip).

Quedaría por aclarar un punto no tocado en el informe de Barcelona, pero que reviste enorme importancia, y es el que concierne al final del proceso, a la situación de los que terminan su camino catecumenal. ¿A dónde van? ¿consiguen integrarse en la comunidad cristiana? La experiencia enseña que aquí existe un problema serio, pues no siempre los nuevos cristianos encuentran el ambiente adecuado para insertarse en la vida de la Iglesia.

Es el problema de la integración, del punto de llegada y de la perseverancia de los catecúmenos. Con demasiada frecuencia personas o grupos catecumenales se integran con dificultad en las comunidades cristianas, que por su parte se muestran reacias a veces a acoger a los recién llegados. A veces se constata una diferencia notable de mentalidad, de estilo, de vida de fe, entre los cristianos "tradicionales" y los neófitos que salen de una experiencia fresca de novedad cristiana. Eso hace que tenga que ser tomado en

sería consideración el tema del punto de llegada del proceso catecumenal y – en ocasiones – ver si se impone la necesidad de crear nuevas formas de comunidades eclesiales.

Los frutos del catecumenado bautismal

Cuando el catecumenado funciona, los frutos no se hacen esperar. Tanto a nivel personal como comunitario.

A nivel personal y familiar

Donde tiene lugar y se realiza una auténtico proceso iniciático, las personas experimentan una profunda transformación, como resultado de la participación en el misterio pascual de Cristo. Efectivamente, en su concepto, la iniciación incluye la idea de un paso, de un cambio de estado que atañe a la persona en su ser más profundo y en su identidad relacional, siguiendo un proceso que atraviesa normalmente estas tres etapas: una situación inicial de separación o ruptura respecto al pasado; un momento intermedio de pruebas y de combate, unidas ordinariamente a narraciones que explican su significado e importancia; una situación final de renovación, con el paso simbólico de la muerte a la vida y la adquisición de una nueva identidad y pertenencia¹¹.

En realidad, en su sentido teológico más profundo, la iniciación cristiana denota sobre todo la acción interior y transformadora de Dios a través de los sacramentos del bautismo, confirmación y eucaristía, y esto subraya la originalidad de la iniciación cristiana respecto a los procesos iniciáticos tribales y místicos. Llegar a ser cristiano significa ante todo acoger un don y dejarse transformar por la acción de Dios. Pero en un sentido amplio, la iniciación cristiana indica también el proceso de apropiación personal que lleva a la profesión de fe y a la plena incorporación a la Iglesia.

En el catecumenado de Barcelona son muy explícitos los testimonios que hablan de experiencias personales de transformación, experiencias muy positivas y gratificantes, tanto en los individuos como en los grupos. Se experimenta un cambio profundo de vida, de mentalidad, de costumbre, hasta de carácter. Es posible observar, se nos dice, *«cómo el catecúmeno va tomando conciencia de que entra en una nueva familia»* (Felip 25). Y también las familias de los catecúmenos viven un momento privilegiado, intenso e importante, sobre todo si se trata del catecumenado de niños o adolescentes.

A nivel comunitario

Los efectos positivos del catecumenado se hacen notar también, de forma muy especial, en la renovación de la comunidad cristiana. La inyección de nueva sangre en el cuerpo de la Iglesia local constituye siempre un factor decisivo de rejuvenecimiento y de transformación. Se constata con frecuencia que la experiencia catecumenal es un auténtico revulsivo para toda la comunidad, un elemento importante dinamizador de la misma (Andreu). Es la experiencia que hace que la comunidad cristiana tome conciencia de su dimensión misionera. Como nos cuenta el delegado diocesano Felip, los catecúmenos ven con entusiasmo *«que en la Iglesia hay perspectiva de futuro»*, y el sacerdote puede dar gracias a Dios por las nuevas posibilidades que se abren para que la Iglesia cumpla su misión que es, *«como dice san Pablo, engendrar en el Señor nuevos hijos»*.

Necesaria implicación de diócesis y parroquias

El recto funcionamiento del catecumenado exige una bien coordinada acción conjunta de la diócesis y de las parroquias. Es normal que el proceso catecumenal tenga lugar sustancialmente en la parroquia, donde se celebran también los sacramentos, mientras que algunos momentos significativos (el rito de ingreso en el catecumenado, el rito de la elección, algunos retiros) conviene que se celebren a nivel diocesano, en la catedral, con la presidencia del obispo.

Riesgos y dificultades

Pero justo es reconocer también que las experiencias catecumenales de hoy no están exentas de dificultades y puntos problemáticos, como lo fueron las del pasado. Son riesgos y dificultades que pueden comprometer el éxito efectivo del proceso y crear no pocas tensiones dentro de la comunidad eclesial. He aquí algunos de los más frecuentes:

- La experiencia concreta nos dice que, en algunas diócesis, el catecumenado se desarrolla

al margen de la vida eclesial de las comunidades parroquiales, considerado como algo secundario o aislado del conjunto de la actividad pastoral, o como acción reservada a algunos "especialistas" que actúan en el servicio diocesano del catecumenado.

- El catecumenado hace resaltar los aspectos positivos pero también los límites e insuficiencias de nuestras comunidades eclesiales, punto obligado de salida y de llegada de la actividad catecumenal. La falta de autenticidad y de vitalidad de muchas comunidades repercute necesariamente en la crisis de credibilidad de la función catecumenal.

- Un aspecto muy delicado y con frecuencia de difícil realización es la formación de los grupos y la selección y formación de los guías o acompañantes. Hay que dedicar responsablemente a esta misión las mejores energías pastorales.

Es toda una mentalidad la que hay que cambiar

La creación y funcionamiento de un servicio catecumenal tropieza con frecuencia con una mentalidad pastoral incapaz de captar su importancia y su urgencia. Y en este sentido, son muchas veces los mismos sacerdotes los que ignoran o ponen trabas al desarrollo del proceso catecumenal.

En la experiencia de Barcelona, es significativo el hecho de que cada año se bauticen entre 80 y 90 adultos, pero que solo pasen por el catecumenado diocesano unos 20 o 25. Quiere decir que hay resistencias, que las ideas no siempre están claras, que muchos sacerdotes – como dice el delegado diocesano – ven el catecumenado como «otro montaje más», o incluso como una carga innecesaria que hace más complicada la pastoral sacramental: «para los pocos que vienen, encima les ponemos dificultades».

Es toda una mentalidad la que hay que crear. Y una vez más constatamos la urgencia de la formación y de la mentalización de todos los agentes pastorales, empezando por los mismos sacerdotes.

El catecumenado bautismal de adultos: una esperanza de renovación eclesial

De todas estas consideraciones resulta con evidencia la riqueza pero también la complejidad del tema del catecumenado y de su implantación en nuestras iglesias. Se trata mucho más que de adoptar una nueva actividad, entre tantas otras, en nuestro quehacer pastoral.

La reflexión teológico-pastoral, junto con la atenta consideración de las transformaciones de nuestra sociedad, parecen indicar con claridad que ha llegado la hora de decidirse por la opción catecumenal, en forma explícita y oficial. Esta opción, tomada en forma responsable dentro de una adecuada programación pastoral, se anuncia hoy como un elemento esencial de esa pastoral misionera y de evangelización que todos proclaman.

Es difícil exagerar el alcance de la opción catecumenal. Se trata en realidad de un verdadero viraje histórico en nuestra praxis pastoral y es parte integrante del paso de una pastoral de conservación y mantenimiento, en régimen de «cristiandad», a una pastoral evangelizadora y de refundación de la experiencia cristiana.

Otras muchas consecuencias y compromisos lleva consigo la opción por el catecumenado: creación de estructuras, formación de animadores y responsables, revisión en profundidad de las programaciones pastorales. Pero supone sobre todo un necesario cambio de mentalidad, una voluntad sincera de conversión, de las personas y de la comunidad, sin la cual serán inútiles todos los esfuerzos de renovación.

El catecumenado representa ciertamente una gran oportunidad y riqueza para la Iglesia, para las comunidades cristianas, para el dinamismo de la fe. Su potenciación responde a uno de los retos más urgentes para el futuro de la fe en el mundo actual.

Mientras felicitamos a los responsables de la hermosa experiencia del catecumenado diocesano en Barcelona, invitamos a otras diócesis y comunidades a abrirse a esta expresiva manifestación de la maternidad de la Iglesia, a esta concreta realización de una verdadera pastoral «de engendramiento». Ojalá sean muchas las parroquias y comunidades que puedan exclamar con igual satisfacción: «¡Caramba, pensábamos que éramos estériles y estamos embarazados!».